

## *Los Angeles de Mons*

*Carlos Morand*

Departamento de Literatura  
Universidad de Chile

### ABSTRACT

This article focuses on the story by the Welsh writer Arthur Machen, which –based solely on his fantasy– narrates a supernatural event during the German Mons offensive, one of the bloodiest in the First World War. To the author’s surprise, this event was confirmed not only by people who heard of it, but also by many soldiers who participated in that battle.

Un relato anónimo conocido como la Gesta Francorum da cuenta de que durante el sitio de Jerusalén, en el curso de la Primera Cruzada, los afligidos cristianos vieron descender de los cielos “una hueste de hombres en blancos caballos y cuyos estandartes eran también blancos”. Y continúa relatando el documento, en la misma prosa tosca y desaliñada, siempre por boca de uno de los maravillados testigos: “Cuando nuestros hombres vieron esto, no entendieron lo que estaba sucediendo o quiénes podían ser estos hombres, hasta que se dieron cuenta de que era el socorro enviado por Cristo y que los jefes eran San Jorge, San Mercurius y San Demetrio. Esto es del todo cierto pues muchos de nuestros hombres lo vieron”.

Un siglo después, en pleno sitio de Antioquía, la cristiana gente de Ricardo Corazón de León, soberano de Inglaterra, recibe de aquel oportuno ejército celestial un auxilio semejante.

En Londres, a comienzos de la primera guerra mundial (o Gran Guerra o Guerra Europea), Arthur Machen (1863-1947), un joven escritor de origen galés, no sólo va a perpetuar, reactualizándolo, el mito de los ángeles de San Jorge: provisto únicamente de su pluma y de su excéntrica fantasía, lo hará acontecer más allá de las

páginas de una historia aparentemente inverosímil.

De la vida de Machen sabemos que entre 1880 y 1890 tradujo por una magra mensualidad en una oscura librería el Heptamerón de Margarita de Angulema y las Memorias de Casanova; que fue actor shakespereano; que leía con predilección a Cervantes, a De Quincey y a Robert Louis Stevenson; y que hasta el día de su muerte fue pobre y famoso. Incurriríamos en una grave omisión histórica no señalar que era miembro de *The Golden Dawn* (El Amanecer de Oro), hermandad secreta y orden hermética de iniciación que tenía por objetivo la práctica de la magia ceremonial y la obtención de poderes y conocimiento ocultos. Entre sus escritos resaltan *El Gran Dios Pan*, *La colina de los sueños*, *Jeroglíficos*, *La gloria secreta*, *La pirámide resplandeciente*, *El gran regreso*, y la serie autobiográfica *Cosas lejanas y de cerca* y *La aventura de Londres. Los tres impostores*, acaso su obra más célebre, paradójicamente, reúne los méritos de la ironía, de lo sobrenatural, del terror, de las continuas y variadas sorpresas. Penetrar en las páginas de este libro es perderse entre sueños y símbolos medievales, en un laberíntico Londres, donde se trama una obsesiva conspiración y donde horriblemente vuelve a ocurrir el antiguo drama de la serpiente y del árbol prohibido.

En 1895 Machen le escribe a P.J. Toulet a propósito de *El gran Dios Pan* y *El polvo blanco*, (ésta última, una de las historias intercaladas en *Los tres impostores*):

“Cuando los escribí no creía que tan extraños acontecimientos hubiesen ocurrido jamás en la vida real, y ni siquiera que hubiese sido posible que ocurrieran. Pero después, y muy recientemente, se han producido en mi propia existencia experiencias que han transformado por completo mi punto de vista a este respecto” (1)

Por aquel tiempo, el asombrado Machen no sospechaba que veinte años más tarde otra experiencia, más extraña aún, iba a ocurrirle.

Todo empieza cuando el escritor, siempre necesitado de dinero, ofrece a *The Evening News* de Londres un breve texto literario que tiene por título *The Bowmen* (Los Arqueros). El periódico lo publica en su edición del 29 de septiembre de 1914. Poco antes, en cierto punto de la castigada geografía belga, en una localidad llamada Mons, se había llevado a cabo una extenuante campaña de las fuerzas francobritánicas contra las líneas prusianas. La batalla misma duró la jornada del 23 al 24 de agosto; la retirada de las tropas aliadas se inicia en los días siguientes y se completa en los primeros del mes de septiembre.

El texto que Machen había vendido al periódico es un cuento de no más de cinco páginas basado en un incidente de aquel hecho bélico. Vano es buscar este hermoso episodio y sus consecuencias, en el irrefutable estudio de John Terraine, *Mons, the Retreat to Victory* (Batsord, London, 1960, 224 pp.), prolija y árida monografía acerca de la batalla descrita, ¡ay!, en su aspecto puramente terrenal.

El relato de Machen, *Los arqueros* (2), dice así:

Ocurrió durante la Retirada de los Ochenta Mil, y la autoridad de la Censura es suficiente excusa para no ser más explícito. Pero en el más espantoso día de aquel espantoso momento, el día cuando la ruina y el desastre llegaron tan cerca que su sombra cayó sobre Londres aunque ésta se hallaba tan lejos; y, sin noticias ciertas, los corazones de la gente desfallecieron y se sintieron débiles, como si la agonía del ejército en el campo de batalla hubiese entrado en sus espíritus.

En este terrible día, por lo tanto, cuando trescientos mil hombres en armas con toda su artillería se expandieron como un torrente contra la pequeña compañía inglesa, había un punto sobre todos los otros puntos en nuestra línea de batalla que estuvo por un tiempo en espantoso peligro, no solamente de ser derrotado, sino de ser reducido a un completo aniquilamiento. Con el permiso de la Censura y de los expertos militares, este rincón puede, acaso, ser descrito como una saliente, y si este ángulo fuese aplastado y cortado, entonces todas las fuerzas inglesas serían destrozadas, los Aliados que quedaban tendrían que retroceder y Sedan los seguiría inevitablemente. (3).

Toda la mañana los cañones alemanes habían tronado y rugido contra este rincón, y contra los mil y tantos hombres que lo defendían. Los hombres bromeaban de los proyectiles y encontraban nombres divertidos para ellos, y apostaban sobre ellos, y los saludaban con trozos de canciones de music-hall. Pero los proyectiles llegaban y estallaban y arrancaban miembro por miembro de los buenos ingleses, y desgarraban al hermano del hermano, y a medida que aumentaba el calor del día así también la furia de aquel pavoroso cañoneo. Parecía que no había respiro. La artillería inglesa era buena pero en absoluto insuficiente; estaba siendo continuamente golpeada hasta convertirla en chatarra.

Llega un momento en una tormenta marina cuando la gente de a bordo se dice una a otra, "Estamos en lo peor; no puede soplar más fuerte", y entonces sobreviene una ráfaga diez veces más violenta que las anteriores. Lo mismo ocurría en las trincheras británicas.

En el mundo entero no había corazones más valerosos que los de estos hombres; pero incluso ellos estaban consternados de como este infierno, siete veces más ardiente, del cañoneo alemán, caía sobre ellos y los aplastaba y los destruía. Y en este mismo instante vieron desde sus trincheras que un inmenso ejército empezaba a moverse hacia sus líneas. Quedaban quinientos de los mil y en cuanto a lo que podían ver, la infantería alemana presionaba contra ellos columna tras columna, un humano mundo gris, diez mil hombres como más tarde se supo.

No había esperanza alguna. Algunos se estrechaban las manos. Uno improvisó una nueva versión de la canción de batalla, "Good-bye, good-bye to Tipperary", terminando con "Y no lograremos llegar ahí". Y continuaban disparando. Los oficiales hacían notar que tal oportunidad de disparar a completa discreción podría no volver a ocurrir; los alemanes caían línea tras línea; el humorista del "Tipperary" preguntaba. "¿Whata price Sydney Street?" (4). Y las escasas ametralladoras hacían

lo mejor que podían. Pero todos sabían que era inútil. Los cadáveres grises yacían en compañías y batallones, mientras otros seguían llegando, y bullían y se agitaban y avanzaban desde más y más allá.

“Y por los siglos de los siglos. Amén”, dijo uno de los soldados británicos con cierta displicencia mientras apuntaba y disparaba. Y entonces recordó -dice que no sabe ni por qué ni cómo- un curioso restorán vegetariano en Londres en donde había comido un par de veces guisos excéntricos de croquetas hechas de lentejas y nueces que pretendían pasar por bistec. En todos los platos de este restorán se hallaba impresa una imagen de San Jorge en azul, con la divisa, *Adsit Anglis Sanctus Georgius* -Quiera que San Jorge sea una constante ayuda para los ingleses-. Ocurría que este soldado conocía el latín y otras cosas inútiles, y ahora, mientras disparaba a su blanco en la masa gris que avanzaba a 300 yardas de distancia, pronunciaba el piadoso lema vegetariano. Continuó disparando hasta el fin, hasta que Bill, a su derecha, tuvo que darle un jovial manotazo en la cabeza para obligarlo a detenerse, señalándole que las municiones del Rey cuestan dinero y no había que usarlas a la ligera derrochándolas en hacer cómicos dibujos en los alemanes muertos.

Pues cuando el conocedor de latín pronunció su invocación, sintió que algo entre un escalofrío y un choque eléctrico pasó a través de su cuerpo. El estruendo de la batalla disminuyó en sus oídos hasta convertirse en un suave murmullo; en lugar de ello -dice- oyó una gran voz y un grito más fuerte que el fragor de un trueno que ordenaba “¡Array, array, array!” (“¡En formación, en formación, en formación!”)

Su corazón se volvió un carbón encendido, se enfrió como el hielo en su interior al parecerle que un tumulto de voces reespondieran a sus órdenes. Oyó, o le pareció oír, a miles gritando: “¡San Jorge, San Jorge!”.

“Ah! señor mío; ¡ah! dulce Santo, concédenos una buena salvación!”

“¡San Jorge por la alegre Inglaterra!”

“¡Harow! ¡Harow! San Jorge, señor nuestro, socórrrenos.

“¡Ah, San Jorge, el del grande y poderoso arco!”

“¡Caballero del Cielo, ayúdanos!”

Y mientras el soldado oía estas voces, vio ante sí, más allá de la trinchera, una larga línea de formas, con un resplandor en torno a ellas. Eran como hombres que tiraban con el arco, y, como otro grito, la nube de flechas volaban silbando y zumbando por el aire hacia las huestes alemanas.

En la trinchera, los hombres seguían disparando. No tenían esperanza; pero apuntaban lo mismo que si tiraran contra Bisley.

De pronto uno de ellos alzó la voz pronunciando en el más ordinario inglés:

“¡Dios nos ayude!”, le vociferó al hombre que estaba junto a él, “¡Pero si somos completamente maravillosos! ¡Miren a esos bastardos grises, mírenlos! ¿Los ven? No están cayendo por docenas, ni por cientos; caen por miles, eso es! ¡Miren! ¡Miren! Todo un regimiento desapareció mientras les hablaba”.

“¡Cállate!” gritó el otro soldado haciendo puntería, “¿qué estás

chapurreando?”.

Pero tragó con asombro al tiempo que hablaba, porque, efectivamente, los hombres grises caían por miles. Los ingleses podían oír el grito gutural de los oficiales alemanes, el chasquido de sus revólveres al dispararle a los renuentes; y con todo, línea tras línea iban a dar por tierra.

Todo ese tiempo el soldado conocedor del latín oyó el llamado:

“¡Harow! ¡Harow! Mi señor, querido santo, pronto a nuestra ayuda! ¡San Jorge, ayúdanos!”

“¡Noble Caballero, defiéndenos!”

Las silbantes flechas volaban tan raudas y espesas que oscurecían el aire; las salvajes hordas se disolvían ante ellas.

“¡Más ametralladoras!” gritó Bill a Tom.

“No las oigo”, gritó Tom de vuelta. “Pero de todos modos, gracias a Dios; los han castigado duramente”.

De hecho, había diez mil soldados alemanes muertos abandonados ante aquella saliente del ejército inglés, y consecuentemente no hubo Sedan. En Alemania, un país regido por principios científicos, el Alto Estado Mayor decidió que los despreciables ingleses debieron de haber empleado proyectiles que contenían un desconocido gas de naturaleza ponzoñosa puesto que ninguna herida era visible en los cuerpos de los soldados alemanes. Pero el hombre que sabía el gusto que tenían las nueces cuando se llamaban bistec sabía también que San Jorge había traído a sus Arqueros de Azincourt para ayudar a los ingleses.

Hasta aquí el relato de Machen.

En seguida lo más portentoso.

*The Evening News* publica el cuento presentándolo como tal, una ficción. Pocas semanas después, el periódico empieza a recibir cartas de soldados ingleses que participaron en las sangrientas jornadas de Mons, y todas ellas afirman, sin variación, el mismo asunto: durante una de las ofensivas germanas, cuyo objetivo era cortar la retirada de las fuerzas británicas, éstos vieron llegar en su socorro a una hueste de ángeles vestidos como los arqueros que participaron en la batalla de Azincourt (1415), episodio que decidió la guerra a favor de Enrique V de Inglaterra contra Carlos VI de Francia. A la cabeza de las milicias celestiales cabalgaba nada menos que San Jorge cubierto con su resplandeciente armadura. Cuando la ofensiva enemiga es finalmente rechazada, el grupo de soldados que salió al campo a recoger a los caídos descubrió que decenas de cuerpos alemanes aparecían flechados por la espalda...No, el señor Machen no había inventado nada, podían jurarlo, ellos, fogueados combatientes, habían visto, durante la retirada, a San Jorge y sus arqueros que llegaban a apoyarlos desde el Cielo.

¿Un caso de alucinación colectiva?

Gran número de estas cartas fueron publicadas y el confundido autor no dejaba

de repetir, oralmente y por escrito, que su relato era pura invención... Pero nadie le creyó y él tuvo que optar por el silencio. ¿Qué más le quedaba? Había hecho real, en hora oportuna, una vieja leyenda, y a partir de entonces su palabra ya nada podía contra un país ávido de milagros y de mitos patrióticos en tiempo de grandes crisis.

## NOTAS

1. *Le Matin des Magiciens*, Gallimard, París, 1961, p. 328.

2. "The Bowmen", en *The Angels of Mons and other Legends of the War*. Simkin, Marshall, Hamilton, Kent & Co., Ltd., London, 1915, pp. 29-38. (Traducido por C.M.; revisado y afinado por la profesora Sheila Hamilton. Departamento de Lingüística de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile).

3. Sedan. Batalla en la cual los prusianos derrotaron a los franceses, poniendo de este modo fin a la guerra franco-prusiana de 1870 y, con ello, al imperio de Napoleón III. Durante la Guerra Europea (1914-1918), el nombre "Sedan" pasó a significar "derrota total y definitiva".

4. Paráfrasis compuesta del título de una canción de la Guerra Europea - "¿What price glory?" ("¿Cuál es el precio de la gloria?"), y Sydney Street, término con el que se conoce el incidente que tuvo lugar en 1910 entre la policía londinense y un grupo de anarquistas rusos que se había refugiado en una casa de la calle de ese nombre.